

FACTORES HISTORICO-SOCIALES EN LA EVOLUCION DE LAS CIUDADES LATINOAMERICANAS (1850-1950)

LUIS RATINOFF *

ABSTRACT

Theories about the spatial distribution of the population should consider historical factors explaining settlement growth patterns, geographic relationships between economic organizations and structures of domination. Urban concentration has been a region-wide phenomenon for one hundred years, beginning late XIX Century. However, the role of the cities in the development processes has been more important in those countries where the oligarchy consolidated its domination earlier. Its role stems from the expansion of commercial and financial activities in detriment of artisan industries. In this sense they were parasite cities: The ruling classes were consumers rather than savers, rentists rather than producers. Two types of cities are considered in the paper: bastion cities and central cities. They were developed during the primary export period, from the middle of last Century until the 1920s.

In the bastion city the monetary economy was restricted to the city, economic surplus was spent or reinvested almost entirely in the city while the masses of the population were kept at subsistence levels in the rural areas. The ruling classes justified their domination as something functional to their self-assigned role of spreading the civilization over and "barbaric" national periphery. Thus the bastion city generated an authoritarian political structure.

In other countries the central city gave place to a broader social demographic diffusion of modern values and a more dynamic and opened environment emerged. The oligarchies imposed themselves in a less authoritarian manner and did not oppose the growth of middle classes. A greater cultural and social continuity throughout a network of medium size and small cities spread towards the national peripheries.

Industrialization policies that followed the crisis of the primary-export model implied subsidies to the major cities and therefore, encouraged the spatial concentration of population. Local life was undermined and the regions lost internal integration as a result of a reorganization of national territories imposed by the emerging industrial city. Industrialization processes implied a tacit social compromise between traditional social structures and the adoption of imported technologies, between the preservation of social hierarchies and pressures towards democratization.

The timing of the industrial processes is a key factor in explaining the differences among countries with regard to social urban structures

* Funcionario del Banco Interamericano de Desarrollo.

and to urban physical environments as shaped by the social elites, classes and the masses.

The later the industrial process occurred the higher is the population density in the rural areas, the lesser is the initial rate of urbanization and the higher the rate of population growth in the large cities. Urban exploitation accompanying the more recent industrialization processes in Latin America is often accompanied by social marginality and a caustic growth of the large cities.

Durante más de cien años las tendencias económicas y las decisiones políticas favorecieron la concentración geográfica de la población latinoamericana. Al comienzo de la etapa histórica de modernización por la vía de las exportaciones de productos primarios, la urbanización de la región se inició lentamente y tomó la forma de una gradual acumulación, pero ya a mediados de este siglo se convirtió en una verdadera avalancha. No todos los países iniciaron este proceso al mismo tiempo, ni sus ciudades crecieron al mismo ritmo, ni las condiciones en que se dio el despegue urbano fueron semejantes. En todos los casos sin embargo hubo un período previo de rápida expansión demográfica, ya sea por la recepción de grandes masas de inmigrantes, o por el aumento de las tasas históricas de crecimiento natural de la población. Lo mismo puede decirse del crecimiento económico. En efecto, fue el éxito sin precedentes de las exportaciones durante la segunda mitad del siglo XIX lo que desencadenó el proceso. Sin embargo la combinación de los factores demográficos y económicos creó un escenario peculiar. En un continente en su mayor parte vacío la expansión de la frontera interior fue más bien la excepción; por el contrario, la población tendió a concentrarse en ciudades rompiendo el equilibrio geográfico postcolonial, y al cabo de los años a formar grandes aglomeraciones. Decisiones políticas, intereses económicos y sociales monopolistas y crecimiento demográfico fueron los ingredientes indispensables en que se apoyó el proceso. Es difícil establecer con precisión cuál fue el peso relativo de cada una de estas variables, no sólo debido a la precariedad de las informaciones, o a las formidables barreras metodológicas que ello envuelve, sino más bien porque a lo largo de esos cien años esta evolución concentradora cambió de significado y de naturaleza, y porque a pesar de muchas semejanzas en los procesos nacionales las diferencias locales condicionaron fuertemente la urbanización.

Cambiaron por cierto las imágenes de la ciudad. La conciencia de la vida urbana se transformó de una manera radical, siguiendo muy de cerca la evolución de las tendencias y de los problemas. Si bien es cierto que la aprensión intelectual de estas mudanzas fue tan sólo un reflejo, la verdad es que se convirtió muy pronto en el signo más aparente de cómo esas aglomeraciones humanas se habían desviado de los modelos convencionalmente aceptados. A todo lo largo de esos cien años de urbanización hubo un cambio radical en los espíritus; de una fase afirmativa se pasó a otra negativa y de los tiempos de la confianza a los tiempos de la preocupación y de la angustia.

IMÁGENES DE LA CIUDAD

La idea de la ciudad considerada como asiento de civilización, y como centro integrador y dinamizador de un gran proyecto nacional, respondió a los modelos de vida que cristalizaron hacia fines del siglo XIX y comienzos del XX, en los momentos de mayor éxito de una fase histórica en que el progreso general descansaba sin contrapesos en la exportación de productos primarios. Esta visión representó el triunfo de la imaginación político-social de la oligarquía liberal criolla. La ciudad fue concebida como el símbolo y a la vez como el instrumento de las grandes metas de transformación social, como la matriz receptora y generadora de los impulsos modernizantes, como el almácigo que

haría germinar las instituciones, los hombres y la cultura que se requerían para lograr la articulación interior del país y su integración en las corrientes civilizadoras que surgían en las sociedades industriales.

Esta imagen del papel de las aglomeraciones de población no resistió los embates del siglo XX. Las tendencias en juego plantearon dilemas para los cuales la "ciudad modernizadora" no tenía respuestas. Los grandes desplazamientos de población y sus múltiples efectos comenzaron muy pronto a constituir un tema de preocupación y de controversias, sobre todo en la década de los años sesenta. A la detección de los síntomas aparentes, siguieron la investigación y el análisis para determinar la incidencia de las migraciones en las áreas de recepción, los factores de atracción y de expulsión, la ruta de los desplazamientos, la calidad de los migrantes, su origen, y su ajuste al contorno urbano. Muchas de estas preguntas iniciales abrieron la vía para otras más complejas. El debate acerca de la "prematura terciarización" de la economía urbana fue el comienzo de esfuerzos más serios para evaluar la situación del empleo, y las diversas consecuencias de la concentración de la población. La preeminencia de las ciudades primarias en los países de América Latina fue muy pronto objeto de reflexión y estudio, y por vez primera se tomó conciencia de la necesidad de una visión regional del proceso de desarrollo, y sobre todo de los efectos geográficos de la industrialización. De los enfoques formales se derivó hacia los aspectos sustantivos y de las relaciones económicas abstractas hacia el estudio de las relaciones sociales y políticas. Ya en los años setenta los centros urbanos y las configuraciones del sistema de aglomeraciones fueron percibidos como una de las múltiples objetivaciones de la estructura del poder.

De acuerdo a esta nueva óptica, las ciudades eran antes que nada el asiento del sistema de dominación, de modo que en las condiciones que caracterizaban a un proceso de desarrollo concentrador, el metabolismo urbano engendraba un sector de la población que vivía en condiciones de marginalidad. Por así decirlo, en lo esencial operaba un verdadero sistema de vasos comunicantes, que gradualmente convertía a la marginalidad rural en marginalidad urbana, ambas con rasgos cualitativos distintos, pero esta interconexión demostraba que la ciudad tenía serias limitaciones para cumplir su papel de centro civilizador.

En los años siguientes aparecieron diversas interpretaciones, caracterizadas por la crítica de las tendencias y la develación de los factores subyacentes. Se sugirió, por ejemplo, que de hecho la intensidad de las migraciones había generado una cultura urbana popular, de orientación "ruralizante", y que las ciudades actuaban como verdaderas "metrópolis" de una "periferia colonial" interior. Estas perspectivas presentaban a las grandes aglomeraciones latinoamericanas en función de la estructura de la dominación, de modo que los campesinos y los grupos populares urbanos eran simbólicamente el proletariado exterior e interior del sistema hegemónico central. La ciudad, como tema, se inscribió de lleno en la controversia ideológico-política. La hipótesis del colonialismo interno se vinculó a las explicaciones que acentuaban el carácter subordinado y dependiente de las sociedades latinoamericanas, y la polémica sobre el desarrollo interior mostró que detrás del formalismo de los argumentos económicos, subyacían no sólo cuestiones relativas a los niveles de igualdad, sino que, además, visiones geopolíticas contrapuestas.

Hacia fines de 1970 se hizo evidente que este asalto intelectual se había convertido en conquista: la ciudad ya no tenía defensores. Mientras el concepto de la urbe civilizadora simbolizó las esperanzas y la voluntad de creación de una etapa histórica formativa, la imagen de la "dudad subdesarrollada" tradujo el estado de ánimo que resultó de las frustraciones de la industrialización, es decir, de una fase de la evolución social mucho más compleja y avanzada. La verdad es que desde la década de los años cincuenta la acumulación de nuevos problemas condujo a que las aglomeraciones humanas se percibieran en forma creciente como el subproducto latente de una re-

volución subterránea y contradictoria, cuyos efectos abrumadores sobrepasaban las posibilidades de imponer dirección y control. Fue, antes que nada, una reacción psicológica y cultural frente a tendencias cuyo sino, aparentemente fatal, alentó a su vez toda suerte de interpretaciones negativas y mecanicistas.

Desde el momento en que los centros urbanos fueron concebidos como cabezas de puente en la lucha de la civilización contra la barbarie, hasta llegar a la imagen de la ciudad caótica y acelerada, símbolo directo del subdesarrollo y de la dependencia, transcurrieron décadas caracterizadas por una transformación dramática de las ciudades latinoamericanas. A aquellos pueblos, grandes y simples capitales del pasado que coronaban los sistemas de aglomeraciones, les sucedieron las metrópolis y las megalópolis; este cambio en las escalas modificó, a su vez, el estilo y el ritmo de la vida, y las relaciones interurbanas y con el medio rural se hicieron más intensas y complejas, originando así una geografía humana inédita. Al cabo de más de medio siglo, la industrialización y la tecnología moderna alteraron las bases productivas y sociales de la ciudad, de modo que el drama cotidiano de los grandes centros de población tuvo entonces nuevos papeles y actores y surgieron, como es natural, otras aspiraciones, frustraciones y conflictos.

Lo que es significativo en estas variaciones de la imaginaria urbana de los latinoamericanos, es el estado de ánimo que reflejan. El ciclo se inició en el pasado cuando los grupos liberales que dominaban la sociedad oligárquica percibieron a la ciudad como el paradigma de la vida civilizada, y se cierra en nuestros días, cuando el público y los analistas del fenómeno tienden a pensar que la ciudad, como matriz social de la existencia humana, responde cada vez más a una inalterable mecánica interna que distorsiona los modelos y excede las posibilidades de control.

ORDEN Y PROGRESO

El ciclo histórico de lo que con propiedad podría llamarse el período de la ciudad civilizadora se caracterizó por una radical transformación de las sociedades latinoamericanas. En lo esencial fue una etapa de rápida expansión, de ruptura de los patrones y de los cauces tradicionales, de surgimiento de nuevas jerarquías sociales, y de reestructuración del medio físico. No fue el producto de una revolución profunda, sino más bien la superación de una fase en que todavía eran precarias las bases del orden establecido, de modo que no hubo un período de desestabilización, sino más bien un aumento de la fluidez social y de la riqueza —sobre todo de la nueva riqueza—, de obsolescencia de algunas pautas culturales y de introducción de otras metas y valores.

La integración de los países en los mercados internacionales constituyó el motor de esta evolución, que en algunos casos duró más de setenta años, y que a veces por su intensidad y su prolongada incidencia creó la impresión de ser el prototipo mismo del progreso.

La nueva coyuntura permitió consolidar alguna forma de orden político y a la vez aumentar rápidamente la riqueza material. La relativa cristalización de una estructura de poder y el incremento del crecimiento económico favorecieron el que las aglomeraciones principales pasaran a jugar un papel fundamental en esta etapa de formación de la América Latina moderna.

En efecto, durante esta fase las ciudades fueron mucho más que el subproducto de las tendencias económicas. Las grandes orientaciones políticas e ideológicas del período percibieron a las aglomeraciones como centros de poder y de acción, cabezas de puente en la lucha de la civilización contra la barbarie, y verdaderos asientos de un nuevo sistema social, capas de compatibilizar el orden y el progreso.

Si bien aumentó significativamente el ritmo de crecimiento de las ciudades, el fenómeno no tomó la forma de una implosión urbana (sobre todo en las primeras fases de la implantación del modelo exportador), sino más bien de una gradual y sostenida acumulación. Esta tendencia no afectó a todas las aglomeraciones históricas por igual. Si bien en el promedio la población del sector urbano no aumentó en forma acelerada, hubo, sin embargo, algunas ciudades que crecieron con rapidez, de modo que, al cabo de varias décadas, habían concentrado en ellas a una población relativamente importante. Hubo lo que podría llamarse un efecto centrífugo inicial y luego un efecto centrípeto, dependiendo ambos de una variedad de factores, tales como la naturaleza de las exportaciones, su distribución regional y las relaciones de esas actividades con el resto de la sociedad. Algunas variables políticas contribuyeron también a condicionar el desarrollo de la economía exportadora, dependiendo del grado de consolidación del poder que ya ejercían algunas élites urbanas. En los países que ya habían logrado estabilizar la dominación de algunas clases y grupos hegemónicos tradicionales, se preservó la importancia de las capitales. La situación contraria dio lugar a una intensa competencia y a veces a luchas abiertas entre las élites de ciudades antagónicas, en perjuicio de las tendencias monoconcentradoras.

LA CIUDAD COMO BASE DEL PROGRESO

En la mayoría de los casos hubo un efecto centrífugo inicial debido a que los productos mineros y agrícolas de exportación estaban a considerables distancias de las principales aglomeraciones históricas; su transporte y embarque para el exterior podían hacerse a veces con relativa independencia y, en general, la comunicación interior era todavía precaria. Estas circunstancias favorecieron a algunos puertos a ciertas ciudades y pueblos, que pudieron vincularse a las exportaciones, y también dieron lugar a la creación de nuevos centros de población.

A menudo este efecto centrífugo tuvo un carácter cíclico, siguiendo las vicisitudes de las exportaciones. Tras períodos de rápida expansión esas ciudades experimentaron etapas de estancamiento y de decadencia, e incluso algunas de ellas desaparecieron. Fueron casos en que hubo una relación umbilical demasiado directa ostensible con los mercados externos, de modo que las variaciones en la demanda de productos primarios afectó sin contrapesos el destino de esos asentamientos.

Algunos países tuvieron ciclos de exportación de suyo prolongados, ya sea de un solo producto o de productos, que se reemplazaron unos a otros en las mismas o en diversas regiones, de modo que al cabo de los años quedaron una infraestructura urbana y una economía local más estable y espacialmente diversificada, que logró sobrevivir apoyada por las condiciones imperantes de extremo aislamiento interior. Constituyeron verdaderos islotes de actividad en un mar de territorios que separaba a unos de otros.

Este impacto regional inicial tuvo, sin embargo, algunas consecuencias concentradoras, ya que sólo favoreció de manera selectiva a regiones específicas. El progreso tendió a polarizarse, y aquellas ciudades y áreas que no lograron integrarse en las exportaciones perdieron importancia relativa, e incluso en algunos casos se debilitaron en favor de las aglomeraciones y regiones más dinámicas.

De este efecto regionalizador inicial se derivó muy pronto un efecto centrípeto. Si bien la producción de materias primas para los mercados externos pudo ocurrir de manera difusa o en regiones distantes, el consumo se concentró en las principales ciudades, áreas de residencia de las burocracias y de los profesionales, asiento natural de toda suerte de servicios y del gran comercio y hábitat por excelencia de quienes vivían de sus rentas.

En cuanto a la naturaleza del mercado interno y su incidencia sobre la concentración de la población en unas pocas ciudades, vale la pena hacer algunas consideraciones que ayudan a entender mejor cómo el modelo exportador contribuyó a apoyar esas tendencias.

Durante el período postcolonial y antes de la fase exportadora, la demanda cuantitativa de origen rural tuvo poca significación. Sin embargo, los antecedentes muestran que el campo y la ciudad mantenían entonces una red si se quiere más "orgánica" de relaciones económicas basadas en la producción artesanal, en la orientación hacia el mercado interno, en los incipientes niveles de acumulación y en el aislamiento cultural y geográfico. Es bien sabido que los artesanos florecieron de preferencia en los pueblos y ciudades, y que las más de las veces requirieron materias primas e insumos intermedios de origen local. Sus productos correspondían a los horizontes limitados, a las preferencias de muy distintos sectores sociales y a una cultura provinciana y tradicional. De hecho, los artículos importados no eran todavía abundantes, y en su mayoría sólo satisfacían el consumo conspicuo de las clases más pudientes.

El auge de las exportaciones y luego las políticas librecambistas que adoptaron los gobiernos modificaron este cuadro. En primer lugar, al elevarse los niveles de riqueza personal, sobre todo en las ciudades, el carácter si se quiere frugal de la existencia diaria fue reemplazado por normas sociales que favorecieron el consumo ostensible. Las manufacturas importadas penetraron en los países no sólo en función de estos cambios, sino también porque las clases altas comenzaron a imitar abiertamente el estilo de vida que imperaba en las capitales de los grandes centros industriales del mundo. Por lo demás, fue un período de abundancia de recursos para comprar en el exterior, y la misma economía exportadora tendió a multiplicar los servicios y los intermediarios, vale decir, a expandir la demanda de bienes importados. El librecambio precipitó los acontecimientos y decidió la suerte de las artesanías en favor de los artículos foráneos de origen industrial. Poco a poco disminuyó la diversidad de la "base de exportación" de las ciudades y aumentó su carácter "parasitario", es decir, la importancia de las funciones económicas de intermediación comercial y financiera. La rápida decadencia del artesanado comenzó primero en las aglomeraciones principales y se extendió luego hacia las ciudades y pueblos del interior, disminuyendo la relativa autosuficiencia que por tanto tiempo había caracterizado a las comunidades. De manera paralela se acentuó la dependencia comercial de las importaciones.

Por regla general, estas tendencias aceleraron el lento pero sostenido declinar de la vida local. El debilitamiento de la base económica fue quizás el factor desencadenante; los nuevos modelos culturales contribuyeron a su vez a difundir una imagen de la vida poco compatible con los horizontes estrechos de los pueblos del interior. Muy pronto las élites locales comenzaron a desplazarse hacia las ciudades más grandes, de modo que allí la demanda de bienes aumentó más rápido que los habitantes, como si finalmente las clases consumidoras de la sociedad hubiesen encontrado un ambiente propicio para agruparse y reproducirse.

Las artesanías no murieron del todo. Hay que tomar en cuenta que en muchos países se mantuvo una agricultura de subsistencia, ya que aun en las áreas de mayor incidencia de las exportaciones y de la producción comercial de alimentos no siempre se difundió una sólida economía monetaria, y en las propias ciudades los sectores populares carecieron de medios suficientes como para adoptar el estilo de vida que se asociaba al consumo de artículos importados. De hecho, el mercado interno se fragmentó, desaparecieron los productos artesanales de mejor calidad, que satisfacían las demandas de las clases altas, y quedaron aquellos más rudimentarios de consumo popular y los que eran indispensables para un mundo rural sumido en el aislamiento y tecnológicamente atrasado.

La importancia que adquirieron las funciones de intermediación comercial y financiera debilitó la vida local, y al cabo terminó por acelerar el crecimiento de las ciudades principales, sobre todo de las capitales de los países. Las inversiones en infraestructura vial contribuyeron a consolidar estas tendencias. Los caminos y los ferrocarriles fraccionaron y redujeron el aislamiento interior que por tanto tiempo había caracterizado a los países latinoamericanos, y que, por lo demás, era todavía el último baluarte en que descansaba el equilibrio regional histórico. La desestabilización de esas relaciones ocurrió por etapas, y al cabo aseguró el predominio incontestado de las funciones de intermediación. El abaratamiento del transporte interior facilitó el desarrollo de algunas áreas geográficas que muy pronto encontraron su vocación, ya sea exportadora o productora de alimentos para las ciudades. En general, la oferta local tendió a especializarse, y hubo una lenta pero significativa erosión de las otras actividades tradicionales. Con frecuencia los aumentos de productividad no tuvieron el efecto de incrementar la diferenciación social al nivel local ni en las regiones directamente asociadas a estos desarrollos, menos aún en las zonas aledañas que comenzaron a perder capacidades y recursos. Las capitales y las grandes ciudades, completamente bajo la influencia del exterior, impusieron su cultura, que intentaba ser el reflejo de la vida civilizada, mientras gran parte de la sociedad local y de los sectores sociales que no tenían condiciones para incorporarse al proceso modernizador se aferraron a una subcultura paralela, menos evolucionada y carente de dinamismo.

En muchos sitios la especialización regional y el mejoramiento de la productividad favorecieron al nivel local una concentración de los ingresos y de la propiedad, como si las tendencias generales que resultaban de la nueva escala de las actividades hicieran indispensable esos reajustes. De hecho, muchos de los estereotipos relativos a la estructura social, que son comúnmente atribuidos al orden colonial, surgieron durante la fase exportadora de los países latinoamericanos. Fue el período histórico en que se consolidaron las grandes haciendas y plantaciones, en que unas pocas familias se apropiaron de apreciables extensiones de baldíos, en que las comunidades indígenas perdieron una proporción considerable de sus tierras, y en que a menudo desapareció la agricultura comercial de pequeños y medianos propietarios.

Influyó también en la naturaleza del nuevo orden económico la intensidad de las vinculaciones entre las actividades de exportación y el resto de la sociedad. En efecto, el progreso material y las tendencias hacia la concentración tuvieron muy distinta significación, dependiendo en cada caso del carácter de enclave del sector externo, o de su integración funcional con el sector interno. Si bien es difícil generalizar, los antecedentes sugieren que la intensidad y profusión de las relaciones entre ambos sectores favorecieron en las urbes principales un crecimiento más acelerado y concentrador y también más proclive a crear redes complejas de penetración y comunicación interior. Mucho dependió, por cierto, del tipo de eslabonamientos. En algunos casos las actividades de exportación no sólo generaron demandas por insumos materiales de origen local, sino que además requirieron de una gran cantidad y variedad de servicios, de modo que el orden económico resultante fue más abierto, y menos significativo que los remanentes de la sociedad tradicional. Este último aspecto tuvo también una enorme incidencia en la mecánica del progreso, ya que en muchos sitios el cuadro histórico en que se inscribió la nueva cultura económica, suponía la existencia de grandes masas que sobrevivían a niveles de subsistencia, mientras que en otros países había tan sólo un espacio geográfico vacío. En el primer caso, el modelo de progreso adoptado encontró barreras humanas formidables y, en el segundo, barreras geográficas, pero una amplia frontera interior que conquistar. En general, las aglomeraciones principales y, sobre todo, las capitales se vincularon a su "hinterland" de dos maneras típicas, ya sea como ciudades-bastiones dispuestas a penetrar el contorno para someterlo a su hegemonía, o como asientos de un sistema económico relativamente abierto y en expansión. La economía monetaria de

la ciudad-bastión, por su naturaleza misma, no podía trascender a los grupos que participaban en el orden hegemónico; en cambio, en la ciudad centro de transacciones de mercado, el sistema monetario jugó el papel de instrumento de integración. En esta última situación fue siempre muy superior la variedad e intensidad de las vinculaciones, y menos salientes los dualismos que estaban implícitos en el modelo, ya que éstos carecían de sólidas bases culturales y de hecho la hegemonía de la sociedad urbana se ejercía a través de una red difusa de interrelaciones económicas funcionales.

LA "CIUDAD-BASTIÓN" DEL PROGRESO

La ciudad-bastión fue principalmente un centro de poder, y las acciones económicas en que se comprometieron sus clases dominantes estuvieron determinadas directamente por un contexto de exclusión y apropiación. Los centros poblados que integraban la red urbana jugaron el papel de "bases" desde donde llevar a cabo el proceso de neocolonización cultural del interior, y las instituciones rurales asumieron muy pronto un carácter jerárquico y abiertamente autoritario. Las relaciones entre progreso y retraso tomaron la forma de la dominación de una cultura sobre otra, de la superposición de un estilo de vida y de una estructura económica orientada hacia el exterior, sobre expectativas que estaban circunscritas a los estrechos horizontes locales. Poco a poco los valores de la racionalidad económica ocupaban un lugar preferente en la cultura profesada de los dominadores; este compromiso, sin embargo, no tuvo consecuencias radicales en la conducta de esos grupos, toda vez que la propia existencia de una masa "de reserva" engendró de hecho situaciones personales monopolísticas. Algunos miembros de las élites urbanas tenían ventajas tan marcadas que tendieron a adoptar normas sociales de exclusión y fueron absorbiendo con la flexibilidad que permite la hegemonía incontestada a los representantes de la nueva riqueza que surgía al amparo del sector externo. Apéndices de un mundo burgués al cual intentaban incorporarse las clases altas de la ciudad-bastión no fueron, sin embargo, suficientemente burguesas; no había condiciones para que cristalizara ni el ideal del capitán de empresa ni el del hombre independiente, hijo de sus obras. Fue una clase de consumidores más que de ahorradores y de rentistas más que de productores, que reconoció sin reservas el valor de la riqueza, pero que también quiso mantener la estabilidad del sistema social a través de las vinculaciones familiares y del nombre, y evitar, en la medida de lo posible, las consecuencias disruptivas del progreso económico; y la verdad es que el éxito de las exportaciones tuvo diversos efectos desestabilizadores que forzaron a las viejas familias patricias a abrir sus filas y aceptar la alianza y aún la dirección de los grupos sociales emergentes.

En primer lugar, hubo nuevos niveles de lujo y de riqueza personal que sobrepasaban las posibilidades y las expectativas del patriciado local. Para esas familias no había más alternativa que reconocer que para mantener sus posiciones sociales era imperativo vincularse directa o indirectamente a los excedentes que generaba el sector externo, los cuales si bien aumentaban a tasas significativas, concentraban factores y engendraban agudas tensiones y desequilibrios. La conversión del patriciado en oligarquía fue un proceso simbiótico de intereses y de convergencias que, sin embargo, no siempre ocurrió de manera pacífica. Con frecuencia antes de la decantación del nuevo orden oligárquico hubo un período previo de turbulencias en que los viejos y los nuevos grupos tomaron posiciones frente al progreso y sus consecuencias, y que se resolvió al cabo, ampliando el universo de quienes tenían acceso al excedente que generaban las exportaciones.

Por regla general esa simbiosis fue total. Se modificó el estilo de la vida, los valores y las ideologías, y las alianzas familiares garantizaron de ma-

nera física e indeleble la permanencia de esa transformación. Con todo, el nuevo orden quedó sutilmente atado en la trama de la sociedad existente.

Cabe reiterar que el factor social más dinámico que rompió la inercia del pasado fue la rápida elevación de los niveles de consumo de las clases altas de la ciudad-bastión. Hubo dinero abundante y nuevo, y asociados a esta expansión también nuevos nombres y una significativa multiplicación de las alternativas de vida individual para los miembros de la elite. En muchos casos el lujo ostensible se convirtió en el símbolo visible del éxito, y para los patrones tradicionales de existencia surgió la amenaza de una incipiente mentalidad adquisitiva dispuesta a comprarlo todo, incluso la posición y el prestigio. Desde el punto de vista de las viejas familias esos tiempos que corrían eran de progreso a la vez que de corrupción moral, y como es natural, reaccionaron de manera ambivalente, adaptándose a los imperativos de la situación, y tratando de limitar los excesos implícitos de una eclosión de valores burgueses que surgían en ausencia de una tradición anterior. Si bien no pudieron aferrarse a los cánones del pasado, trataron de ordenar esta verdadera avalancha y proteger la trama de la sociedad valorizando sus hábitos y patrimonios. Si bien sobrevivieron en la medida en que se mezclaron con la nueva riqueza, tuvieron éxito en cuanto a limitar el impacto de esos vientos burgueses, reduciendo sus efectos potenciales sobre la fluidez social preservando muchas instituciones del pasado.

La cultura de la ciudad-bastión favoreció en un comienzo una mayor apertura de la economía y de la sociedad; sin embargo, la rápida expansión del número de nuevos aspirantes a competir por posiciones y por poder, acrecentó en una segunda etapa el interés de los ya participantes por establecer normas que limitaran el acceso. La ideología liberal tuvo fervientes adeptos, pero las prácticas sociales alentaron valores vinculados a la importancia estabilizadora de la comunidad doméstica y de los lazos familiares, al mantenimiento de la integridad de muchos patrimonios heredados y a la constitución de nuevos patrimonios que garantizaran la seguridad de sus poseedores. En general, las convenciones acordadas por los interlocutores válidos y el peso de hábitos y tradiciones influyó de manera decisiva en la creación de un círculo limitado de competidores protegidos, que monopolizaban gran parte de las oportunidades. Sin embargo, y a pesar de todo esto, la intensificación del intercambio exterior e interior, amplió el universo de los interesados. La difusión de la economía monetaria erosionó muchas de las relaciones primarias y afectivas que por tanto tiempo habían sido uno de los soportes más sólidos de la estructura social urbana. De otra parte, las transacciones y el mercado superaron en parte esos límites y favorecieron que las relaciones económicas impersonales contribuyeran a aglutinar expectativas e intereses. La comunidad humana que surgió en este escenario intentó unir las ventajas de las nuevas normas con la seguridad que garantizaban las situaciones de monopolio, e incluso emplear estas últimas para maximizar esos beneficios. La transición tuvo un costo, muchas de las instituciones del pasado y sus actores más destacados desaparecieron, pero no pocas se adaptaron y bajo otras formas adquirieron la vitalidad y el dinamismo que exigía el nuevo orden social. Por eso, los ideólogos del período concibieron que en la medida de lo posible ese progreso debía ser dinámico, pero de ningún modo disruptivo; debía modificar lo existente pero no alterar su continuidad.

La capacidad de algunos grupos para lograr esta síntesis de viejas y de nuevas normas tuvo su fundamento en la apropiación concentradora de los factores, y también, aunque en segundo lugar, en la necesidad social de contar con una masa crítica de participantes en los beneficios del progreso. En efecto, la economía monetaria se circunscribió a la ciudad-bastión, y las transacciones y los procesos de apropiación y de concentración que requería el modelo exportador, contribuyeron a marginar y aún a multiplicar los grupos humanos rurales que estaban a niveles de subsistencia, o aquellos que contemplaban desde los bordes los éxitos del progreso. El resultado de estas tendencias fue una situación social que en nombre de valores liberales recono-

ció dos mundos, dos culturas superpuestas y relaciones hegemónicas entre ambas. Las clases altas urbanas justificaron su dominación en función de su papel civilizador de una periferia bárbara.

La cultura dominante monopolizó el circuito monetario, y se apropió de las consecuencias y ventajas del uso del dinero. Una gran masa quedó total o parcialmente excluida de las posibilidades de adquirir bienes, de atesorar, de obtener crédito, de lograr utilidades convertibles en lucros, y de optar con alguna libertad entre posibilidades alternativas de emplear esos medios. Los rasgos de la cultura dominada se articularon en torno a la cobertura directa de necesidades, aprovechando su fuerza de trabajo y un conjunto limitado de bienes y de recursos, y la obtención de dinero respondió siempre al imperativo del abastecimiento del grupo familiar. Esta posición en el mercado determinó que los excedentes no consumidos del mismo modo que el trabajo personal, se comercializarán por un cambio módico y en función de la utilidad marginal de la unidad doméstica.

Los valores de los sectores dominados se ajustaron a esas condiciones. El fatalismo de quien no puede proyectar su destino individual en términos racionales de fines y de medios, se manifestó al cabo en estilos de vida incompatibles con la filosofía del progreso de las oligarquías civilizadoras; y, sin embargo, esa gran masa marginada fue un factor esencial para el funcionamiento de las instituciones rurales en que se apoyó la ciudad-bastión. Las entidades económicas modernas que florecieron en el campo acentuaron la importancia de la cobertura de necesidades aprovechando las tierras y la mano de obra disponibles como fundamento de la generación de un excedente comerciable. Muchas de estas unidades de explotación regularon su comercio interior estableciendo por si mismas o asociándose, monopolios de ventas de productos, y emitiendo también medios de pago de circulación restringida. Con ello se garantizó la oferta de mano de obra y el abastecimiento, pero a la vez se expropió a los sectores marginales rurales de los beneficios implícitos del libre intercambio monetario.

La elevación de los niveles de ingreso y de consumo y de la productividad en los sectores ligados a las exportaciones, si bien favorecieron la difusión de una comunidad impersonal de intereses y de expectativas vinculada por los nexos monetarios y el comercio, tuvieron, sin embargo, su fundamento y su límite en una relación autoritaria de abierta dominación en las áreas rurales. Por eso crearon diversos sistemas económicos que mezclaban el trueque y el crédito, u otorgaban fichas-dinero u otras formas de reconocer una obligación por bienes y servicios, pero que implicaban casi siempre el mantenimiento de lazos personales entre las partes. Estas formas económicas intermedias facilitaron el ajuste de la cultura dominada a las necesidades de los grupos hegemónicos y fomentaron la aceptación de una disciplina laboral basada en la lealtad y el paternalismo. Otro tanto puede decirse de los tipos de comercio local en todas aquellas áreas en que surgió una clase de campesinos independientes.

LA CIUDAD CENTRAL

Donde la población de subsistencia era menos significativa, la gran ciudad jugó el papel de centro funcional de las transacciones económicas, y su acción sobre el contorno rural fue más radical. Las vinculaciones entre las exportaciones y el resto de la economía llegaron a ser tan intensas que habría sido difícil trazar el límite entre ambos sectores. Con frecuencia para el poblamiento del territorio y la explotación de los recursos naturales, se trajeron inmigrantes provenientes de culturas más elevadas, cuyo estilo de vida sólo era compatible con la obtención de ingresos monetarios. En algunos casos las exportaciones requirieron, además de insumos provenientes de la eco-

nomía local, una compleja trama de servicios y generaron así una estructura de la desigualdad y un sistema de intereses más compatible con los principios liberales. Si bien las diferencias urbanas y rurales y entre los distintos niveles sociales fueron en este caso menos pronunciadas, esto no significa que las tendencias concentradoras no estuvieran presentes a todo lo largo de esta etapa histórica. En efecto, hubo una temprana monopolización de las mejores tierras y oportunidades en un reducido número. La economía exportadora se desarrolló luego dentro de esas condiciones preexistentes y con frecuencia las inversiones extranjeras fueron concesiones legales o de hecho, que no contribuyeron, a su vez, a una mejor distribución social de los beneficios. La red de centros poblados y los sistemas viales que se establecieron, sirvieron para afianzar el dominio económico de las capitales y de sus grupos de poder.

Las vinculaciones entre la gran ciudad y el "hinterland" inmediato que creó la economía exportadora, fueron simples términos dialécticos de una misma unidad funcional, de modo que el crecimiento y diversificación de los centros secundarios dependió de las posibilidades de romper los monopolios de las ciudades primarias. En cambio, las aglomeraciones tradicionales que permanecieron al margen perdieron significación relativa y tuvieron un papel subalterno, y, sin embargo, tendieron a mantener una estructura social más tradicional y paradójicamente una base económica menos productiva, aunque más diversificada.

La difusión social y geográfica de las relaciones monetarias y de mercado originaron un ambiente abierto y dinámico, en que, a pesar de los factores de concentración, florecieron las oportunidades y se tendió a valorizar el trabajo individual y la acumulación de capital. La cobertura de necesidades básicas era para la casi totalidad de la población un problema resuelto, y las diferencias sociales incidieron en los niveles de consumo y ahorro, y en la posición de los distintos grupos dentro del mercado. Las ventajas estuvieron por cierto en favor de aquellos que poseían las grandes propiedades rurales, y de quienes controlaban los servicios esenciales que requerían las exportaciones, pero esos monopolios se ejercieron a través de las relaciones de intercambio comercial y financiero. El poder económico de las oligarquías modernizadoras asumió formas menos autoritarias, sobre todo una vez superadas las etapas iniciales y cuando se logró consolidar el sector dinámico de la sociedad. Por eso la periferia de centros urbanos tradicionales que no lograron asociarse directamente al nuevo orden económico y que en los años subsiguientes perdieron significación relativa, terminaron por sobrevivir y aun progresar, aunque en un segundo plano, en la medida en que se vincularon de manera indirecta al dinamismo que creaba el circuito de las exportaciones.

En comparación con la ciudad-bastión, la función civilizadora de la ciudad central no sólo se ejerció de manera distinta, sino que los efectos que produjo fueron muy diversos. Los antecedentes muestran que tuvo una capacidad concentradora más elevada y que fueron más intensas sus consecuencias modernizantes. La ciudad central no sólo pudo agrupar a las clases consumidoras, sino que también expandió el tamaño de la población urbana con ingresos monetarios, y desde un comienzo se constituyó en un formidable polo de atracción. Su éxito mayor fue multiplicar las oportunidades y permitir el surgimiento de una clase media independiente comprometida, en primer lugar, en la difusión de valores adquisitivos, y en segundo lugar, con la relativa movilidad social que en esas condiciones podía derivarse de la acumulación de capital y de la posesión de habilidades y conocimientos. Estas orientaciones no sólo fueron compatibles con las tendencias económicas, sino que fueron la base de una cultura social y geográficamente más homogénea que vinculó a la gran ciudad con los pueblos y aglomeraciones del interior.

Mientras la ciudad-bastión encontró serias dificultades para reproducir su estructura social dentro de la escala, de los horizontes, y de las condiciones de los centros urbanos del interior, y para penetrar con su cultura en las

áreas rurales, el sistema de la ciudad-central fue más maleable, de modo que hubo mayor continuidad cultural y social entre las unidades de la red urbana. Las funciones se distribuyeron de acuerdo al rango, como verdaderos rebalses de la ciudad-central, y fue la lógica del ejercicio pacífico de su poder acumulador lo que definió las relaciones interurbanas. Esta capacidad de reproducir sus valores y los rasgos básicos de su estructura social en distintos contextos, frente a la estratificación geográfica de culturas y sistemas de vida superpuestas que caracterizó a la ciudad-bastión, no significó, sin embargo, una distribución espacial más equilibrada de las funciones de los centros poblados. En ambos tipos de ciudades el modelo civilizador suponía un núcleo que duplicara el estilo de vida de los centros urbanos del mundo desarrollado, y que lo difundiera más tarde hacia la periferia interior. Esta tarea requería primero crear un nivel de concentración que fuera compatible con esos propósitos, es decir, que absorbiera una elevada proporción de la población y del excedente económico, y luego que ese núcleo fundamental actuara como centro director del progreso nacional.

Las informaciones muestran que mientras el crecimiento de las regiones y sus ciudades reflejó ciclos definidos, y en cada caso tuvo un techo, las capitales lograron acumular los beneficios del progreso de manera continua. La estructura espacial expresó físicamente la dependencia de la periferia respecto del centro, y la estructura de una economía caracterizada por la creciente disparidad entre una oferta cada vez más especializada y una demanda interna cada vez más diversificada. En semejante organización las tareas de intermediación fueron más significativas que las tareas de producción, éstas, por regla general, ocuparon tecnologías simples y se vincularon a las inversiones extranjeras. Lo esencial aquí fue el nivel y ritmo de crecimiento de la demanda externa, y los recursos para poder adquirir en el exterior los factores de la vida civilizada, vale decir, productos, conocimientos, ideologías y modelos institucionales.

LAS CONSECUENCIAS GEOGRÁFICAS DEL ORDEN

La sociedad oligárquica exportadora describió las relaciones entre el campo y la ciudad, entre los diversos estratos sociales, y entre el presente y el pasado en función de una lucha sin cuartel de dos fuerzas históricas antagónicas: la civilización y la barbarie. Por eso el estado en América Latina cristalizó bajo la forma especial de una estructura de poder, cuya finalidad era mantener el orden que requerían los procesos de cambio y modernización, y si bien tomó en cuenta las condiciones locales fue primariamente un estado representativo de los intereses de las fuerzas sociales organizadas que florecieron en las principales ciudades de los países. Por regla general, la crisis institucional que se produjo durante las primeras décadas del periodo postcolonial expresó la rebelión de las regiones o, si se quiere, de la periferia respecto de los centros administrativos tradicionales. Era el mundo rural y sus caudillos más destacados que rechazaban los intentos hegemónicos y centralizadores de las clases urbanas, y desconocían la legitimidad de la intermediación. En lo fundamental representaron un estado de ánimo, una actitud y un estilo de vida, pero no lograron formular ideologías racionalizadoras que permitieran instituir alguna nueva forma de orden legítimo.

Adueñarse del poder de las ciudades fue el objetivo principal de la rebelión rural, y este asedio redujo la autonomía política de aquellos núcleos de población que tenían una organización social más diferenciada. En la periferia aparecieron los caudillos bárbaros, es decir, quienes estaban en condiciones de movilizar voluntades y constituirse en factor de poder, desafiando o apoyando el orden establecido. Esta estructura de dominación sin un asiento social definido fue capaz de generar gobiernos, pero no la armadura institucional y los compromisos de un Estado nacional. Sólo por excepción algu-

nas élites urbanas pudieron controlar en una etapa temprana las rebeliones de su periferia, o establecer un pacto que garantizara la participación y los derechos de los señores locales. En todos estos casos predominó el valor del orden, el mantenimiento o la vuelta a la disciplina social colonial como aspecto central de la agenda aceptada para la acción pública, vale decir, el estado comenzó en sus expresiones más rudimentarias, a partir de una matriz conservadora.

La inestabilidad crónica y las dictaduras personales fueron, sin embargo, el caso general, y los gobiernos temporales pretendieron seriamente expresar una trama de instituciones impersonales sólo en la segunda mitad del siglo XIX. En efecto, el modelo de desarrollo exportador impuso nuevos imperativos políticos, ya que suponía un orden hegemónico asentado en las ciudades y creador de formas de poder legítimo que subordinaran la periferia al dominio de las funciones de intermediación y de sus actores. Esto no siempre ocurrió de manera pacífica. Por regla general, las exportaciones contribuyeron a desestabilizar los últimos remanentes del equilibrio colonial y los grupos negativamente afectados se rebelaron. Se rebelaron también diversos intereses locales frente a un progreso que parecía marginarlos de sus beneficios. Las luchas se resolvieron mediante la incorporación de esos grupos a las ventajas del pacto oligárquico, es decir, a través de su absorción en la nueva cultura de las ciudades.

Las cuestiones políticas de fondo fueron la unidad y cohesión de los grupos de poder y su capacidad para dominar e incorporar a sus competidores. El modelo económico y cultural adoptado favoreció la concentración, pero, en algunos casos, los monopolios excesivos provocaron las disidencias de quienes cuestionaban la legitimidad de un sistema que los excluía sin remedio. El éxito de las exportaciones permitió ampliar paulatinamente el círculo de los participantes, ya sea a través del sector privado o del sector público. Muchos de los que ejercieron funciones políticas se apoderaron de tierras, concesiones y ventajas y así validaron al cabo las bases económicas de su nuevo poder o se vincularon con él mediante lazos familiares. La transformación de los gobiernos ocasionales en administradores de una estructura estatal dependió mucho de la capacidad del sistema para crear una poderosa comunidad de interlocutores válidos vitalmente interesados en el orden y dispuestos, por lo tanto, a aceptar o, por lo menos, tolerar la legitimidad de las instituciones. Como ya hemos visto, el pacto oligárquico de dominación abrió en un comienzo las compuertas para que se formara una nueva clase, en la cual se entremezclaron algunas de las viejas familias patricias con la nueva riqueza de los aventureros y de quienes estaban asociados a los intereses del comercio exterior. Las apetencias exageradas que se despertaron debieron ser canalizadas a través de normas estrictas que regularan el acceso de los recién llegados. Fue en esta segunda etapa cuando se planteó el problema de la cohesión interna de las élites políticas. Las instituciones estatales se estructuraron en función de este compromiso crítico entre la gradual inclusión de nuevos asociados y la exclusión de esa masa de aspirantes cuya integración podía tener efectos disruptivos sobre las expectativas y derechos de quienes eran los más fervientes sostenedores del orden. Por encima de cualquiera otra consideración, el Estado debía garantizar la seguridad y la continuidad en el goce de los beneficios de la civilización, y en aras de esta meta concentrar el máximo de poder. Aun cuando los países latinoamericanos eran, por definición, naciones nuevas que se autoproclamaban como tales, la verdad es que el Estado no se formó como resultado de la agregación de una pluralidad de centros de decisión unidos por un sistema convenido de derechos y obligaciones, sino más bien como la expresión institucional de una oligarquía modernizante, que flexiblemente podía aceptar o tolerar presiones, pero de ningún modo sacrificar su hegemonía. El control de las instituciones políticas no fue el resultado de alguna suerte de mandato popular, sino apenas un expediente para contribuir a acelerar la modernización, de modo que la legitimidad del poder se vinculó al éxito en cuanto a mantener la continuidad institu-

cional, a las obras tangibles y a la conservación del orden y sus garantías. Civilización era aumentar los esfuerzos productivos, multiplicar la infraestructura material, atraer capitales, difundir la gran cultura importada, y los políticos del período juzgaron la legitimidad de las instituciones y quizás la grandeza de su gestión de acuerdo a estos parámetros.

La representatividad de las instituciones políticas, si bien estaba consagrada en la mayoría de los textos constitucionales, dependía, por cierto, de la homogeneidad de la ciudadanía y, en la mayoría de los casos, la heterogeneidad cultural era tan marcada que el sistema funcionó de hecho mediante la exclusión y la formación de verdaderas clientelas que operaban a través de o bajo las órdenes de un elector. La importancia de las vinculaciones personales en la formación de clientelas se relacionó tal vez con las condiciones restrictivas de la movilidad social vertical y con la fragmentación de la participación entre los distintos grupos sociales.

Esta tradición de centralización del poder determinó la aceptación de valores políticos de pasividad y de dependencia, y la preeminencia del gobierno limitó el campo de acción de las asociaciones privadas y voluntarias casi exclusivamente a las actividades económicas y, a veces, a las religiosas.

ORDEN CON DISCIPLINA

Las condiciones existentes en el caso de la ciudad-bastión requirieron mayor centralización y autoritarismo, de modo que las formas que asumió el poder descansaron más en los líderes personales, en la intervención de caudillos militares y, a veces, en el mantenimiento de muchas tradiciones provenientes del orden colonial. La economía de la ciudad-bastión se fundaba en una mezcla singular de monopolios que surgían de la valorización de factores no económicos y también en algunas relaciones abiertas que operaban de manera selectiva respecto de campos de acción y de participantes específicos. Habla una más marcada dependencia de las decisiones gubernamentales, o para decirlo en otros términos, el acceso al excedente y la obtención de utilidades dependía directa o indirectamente del empleo abierto de las relaciones de poder.

El sistema enfrentaba tres tipos de amenazas que se derivaban de la alta concentración: de las dificultades que tenía expandir el círculo de los que monopolizaban el poder y la riqueza y de las tendencias a apropiarse factores y recursos en beneficio de los sectores dinámicos y de las élites. Este último aspecto determinó la necesidad de aplicar una significativa dosis de represión al nivel local, sobre todo cuando los campesinos perdieron sus tierras o fueron desplazados hacia nuevas áreas o debieron continuar en situaciones de más alta densidad, todo con perjuicio de su nivel de vida; y cuando, además, debieron proporcionar su fuerza de trabajo mientras permanecían al margen del ciclo monetario. Rebeliones, protestas, bandidismo y trabajo lento fueron las expresiones más salientes de rechazo a este estado de cosas, y en ese ambiente, bajo el signo de la violencia actual o potencial, las instituciones económicas tendieron a convertirse ellas mismas en sistemas sociales cerrados y autoritarios vinculados íntimamente al aparato represivo del Estado. Esta era la frontera bárbara del sistema, percibida con frecuencia como una masa inerte, pero susceptible de ser movilizada. Si bien todas estas tensiones de la periferia irrumpieron condicionadas por circunstancias locales, tendieron a ocurrir preferentemente en torno a las zonas limítrofes donde las instituciones modernizadoras intentaban expandir su acción y someter a los campesinos y a los grupos indígenas a la disciplina del orden civilizador.

Por regla general, la protesta rural fue prepolítica y algunos de sus caudillos pudieron ejercer la influencia y el poder personal del jefe de una

banda, a veces sobre extensos territorios, pero no llegaron a plantear proyectos de acción revolucionaria.

La lógica de la frontera bárbara obligó también a acentuar los rasgos represivos del orden local y el sistema político debió reconocer que la extensión de la cultura civilizadora estaba asociada a la creación y mantenimiento de una verdadera estructura de castas. No es de extrañar que las instituciones, a través de las cuales se ejerció la denominación, reflejaran estas condiciones generales. Las haciendas y plantaciones tendieron a ser sistemas totales que controlaban la vida y el destino de las clases subordinadas y, a su vez, los propietarios tenían con frecuencia un papel fundamental en la selección y orientación de las autoridades locales. Era difícil trazar los límites entre su interés privado y el interés público.

La frontera bárbara de la ciudad-bastión engendró en los pueblos del interior una nueva forma de autoridad política que, paralela a las instituciones formales, podía expresar el pequeño submundo local de manera personal e influir directamente en las decisiones. Fueron los jefes, caciques y coroneles que aparecieron en los pueblos y comunidades, cuyo poder descansaba en su capacidad de servir de contacto entre dos mundos y someter a disciplina la vida de los pueblos. Su eficiencia para rendir servicios y el férreo control que ejercieron en su medio contribuyeron a la eficiencia local del sistema político central, pero, de hecho, impidieron el surgimiento de instituciones impersonales y de formas auténticas de representación de intereses.

La segunda amenaza potencial que debía enfrentar el sistema político de la ciudad-bastión se originaba en los niveles mismos de la élite. La dependencia de las actividades económicas respecto de las decisiones de la autoridad pública afectaba las posibilidades individuales de acceder a las oportunidades y de absorber una parte del excedente en forma legítima o mediante la corrupción. La obtención de monopolios legales, o de hecho, de concesiones, de contratos, de ser designado en posiciones administrativas de influencia y de obtener tratamientos especiales para inversiones, fueron parte de la vida económica normal, de modo que los vínculos con el poder político y el uso del mismo para fines económicos se convirtieron en una cuestión estratégica que creó tensiones y luchas, y contribuyó muchas veces a dividir a las élites y a magnificar los factores de inestabilidad.

La tercera amenaza era la consecuencia del éxito mismo de la modernización. La sociedad urbana tendió a diversificarse ostensiblemente en torno a las funciones de intermediación y a engendrar al cabo de los años una creciente clase media que carecía de poder real, pero cuyas aspiraciones e ideales tenían como marco de referencia el ayudar a acelerar el progreso de la "civilización". Los compromisos de esta clase con el establecimiento dependieron en parte de su posición de dependencia y de la percepción que tuvieron de la relación entre las aspiraciones y las oportunidades. En un comienzo, beneficiarios y sostenedores del orden se mezclaron y circularon a veces libremente entre los grupos participantes del pacto oligárquico y, mediante esas relaciones, obtuvieron ventajas iniciales que los inscribieron con plenos derechos dentro de la coalición. El problema surgió en etapas posteriores, cuando disminuyó la capacidad de cooptación del sistema y aumentó el volumen de los aspirantes que carecían de nombre, de nexos, que habían nacido en familias con recursos más o menos holgados y, por lo tanto, con aspiraciones e ideales que la sociedad no podía satisfacer fácilmente. Lo que comenzó como una simple cuestión de movilidad social dentro de las jerarquías, en muchos casos derivó poco a poco de manera marginal hacia percepciones críticas y radicales y hacia propuestas para crear un orden social más abierto.

La estabilidad del sistema político de la ciudad-bastión fue precaria, porque era precaria la capacidad del sistema para mantener la cohesión de la élite y, a la vez, resolver la protesta campesina y absorber las presiones de una creciente clase media.

ORDEN SIN DISCIPLINA

Muy distinto fue el sistema político de la ciudad central, donde las actividades económicas no requirieron de relaciones tan autoritarias y donde la cultura fue más homogénea y acentuó la importancia de los valores adquisitivos. En ese medio, las instituciones políticas tuvieron un carácter más impersonal y los líderes un papel menos preponderante. La verdad es que los grupos hegemónicos se asentaron sobre un sistema en que los monopolios fueron cada vez más el resultado del ejercicio pacífico de poderes económicos y políticos, y no habiendo una sociedad dominada, pocos cuestionaron la legitimidad de las ventajas individuales o del poder.

Los peligros de rebelión en la frontera bárbara perdieron muy pronto significación como resultado de la persistente difusión de las relaciones de mercado y los factores de poder local pesaron fuertemente en favor de una clase media provinciana que aceptó su dependencia del centro civilizador como parte de un orden natural. Las opiniones políticas se articularon bajo la forma de partidos, y el faccionalismo, tan significativo dentro de la ciudad-bastión, terminó por organizarse alrededor de plataformas programáticas. Si bien es cierto que el personalismo no desapareció, y lo que es más, jugó muchas veces un papel fundamental, sus instrumentos y sus resultados fueron condicionados por la estructura de los partidos. Las elecciones tuvieron la función de mediatizar los enfrentamientos y relajar los factores que favorecían el autoritarismo extremo y la eliminación de la competencia política. La difusión de una cultura económica relativamente homogénea estuvo acompañada por la difusión de una cultura política paralela. El mercado de los productos de los precios tuvo su contrapartida en el mercado de las opiniones, de los programas y de las ideologías.

Mientras en la ciudad-bastión las opiniones políticas fueron consideradas por las autoridades como una expresión de insurgencia actual o potencial, las facciones se organizaron directamente en torno al control del poder o a la defensa de intereses específicos y la estructura institucional fue concebida de manera monolítica; en la ciudad central, en cambio se institucionalizó un estilo de percibir los asuntos públicos, en que se mezclaban de manera sincrética las orientaciones pragmáticas, las perspectivas de más largo plazo y las ideologías y donde la creación de lealtades hacia el sistema fue una precondition esencial de la hegemonía.

Es curioso observar que, a pesar de estas obvias manifestaciones de mayor pluralismo, las estructuras locales tendieron a perder peso y significación política y, al cabo de algunas décadas, fue mucho más intensa la concentración geográfica del poder, ya que la dominación sobre las regiones se ejerció de manera incontestada. Sólo los centros poblados que habían tenido alguna importancia durante las fases preexportadoras y que no habían logrado incorporarse del todo a los beneficios que creaba el progreso de la sociedad oligárquica, tendieron con frecuencia a incubar focos de resistencia o de defensa pacífica y, de hecho, estructuras locales menos liberales.

Mientras las clases medias en la ciudad-bastión eran potencialmente disruptivas, y no sólo originaron agudas críticas individuales del sistema sino que, además, movimientos de opinión y líderes dispuestos a desafiar el orden, en la ciudad central las protestas de las clases medias encontraron, por regla general, cauces de expresión que desarmaron su potencial revolucionario. Es más, los compromisos de esos grupos con las instituciones políticas trascendieron sus intereses inmediatos y se expresaron a través de concepciones que buscaban el perfeccionamiento evolutivo del orden existente. Sólo en la periferia de ciudades tradicionales las tensiones fueron mayores, porque las condiciones locales favorecían todavía el mantenimiento de estructuras más conservadoras, y el lento crecimiento económico no creaba oportunidades suficientes. Muchos de los jóvenes de esas provincias emigraron

hacia las ciudades más grandes a la búsqueda de mejores oportunidades y trajeron consigo, no sólo sus aspiraciones individuales, sino también una visión más radical de la situación. Con todo, su problema político era compatibilizar esas aspiraciones de movilidad con la transformación del orden y los ideales que de aquí se derivaron pusieron énfasis en la apertura del sistema más que en sustitución.

En las capitales se formaron núcleos significativos de opinión política que intentaban interpretar las aspiraciones de movilidad de las clases medias y que se alimentaban tanto de esta migración, que venía desde las provincias, como de la cosecha local de jóvenes que encontraban bloqueados los múltiples caminos del rápido ascenso personal. De aquí se derivaron algunas situaciones peculiares que influyeron definitivamente en las orientaciones de la cultura urbana y en la organización administrativa del Estado.

Aprovechando que en el ambiente más dinámico de los centros urbanos del sistema de la ciudad central aparecieron diversos núcleos obreros, algunos líderes de la clase media intentaron movilizar esos sectores en etapas muy tempranas del desarrollo de la sociedad oligárquica para acelerar así los procesos de apertura. Estas presiones incidieron en la exacerbación de la relación entre aspiraciones, de una parte, y la flexibilidad del sistema para ampliar las oportunidades, por otra. Lo que estas tensiones mostraron es que el éxito y el dinamismo del modelo eran incompatibles con el grado de concentración económica y política que caracterizaba a la sociedad urbana; y, de otra parte, que el poder de estos sectores no sólo era insuficiente, sino que sus motivaciones de cambio expresaban un fundamental acuerdo con el orden existente.

Su arma principal fue la movilización política y la utilización del compromiso y, frente a la persistencia de las presiones en principio legítimas, los grupos de poder se defendieron distorsionando el sentido de las instituciones públicas mediante la corrupción de algunos procesos fundamentales. Las normas de competencia aceptadas por las ideologías oficiales fueron con frecuencia sustituidas en la práctica por vías expeditivas, tales como la cooptación y tráfico de influencias.

Estas tendencias, que mostraban cómo el nivel de concentración en la estructura de poder era incompatible con las aspiraciones sociales, aumentaron la importancia de la política y del estado en sociedades donde el sector privado había crecido con un razonable grado de dependencia de la política contingente y donde la gravitación de los asuntos económicos determinaba en gran medida la marcha y evolución de los asuntos públicos.

ALGUNAS SITUACIONES ESPECIALES

Los dos tipos analizados de organización social y espacial de la sociedad oligárquica representan sin duda situaciones límites, tal vez los casos extremos de México y Argentina. Sin embargo, la realidad histórica de muchos países de la región durante la fase de la economía exportadora, sugiere que las condiciones que determinaron la urbanización y la alteración del equilibrio colonial fueron el resultado de condiciones híbridas, ya sea en función de la diversidad regional y geográfica, del grado de difusión de las relaciones de mercado o del impacto de las exportaciones.

A. *Desarrollo paralelo y diversificado de regiones.*

En algunos casos la variedad de productos de exportación y las condiciones locales y geográficas determinaron que el desarrollo de regiones

aisladas ocurriera de manera paralela, o para ser más precisos, en ciclos que se traslaparon entre sí. En una cierta medida estos procesos influyeron unos sobre otros y favorecieron el surgimiento de una pluralidad de aglomeraciones primarias o capitales regionales, cada una a la cabeza de sendos sistemas urbanos. Los rasgos más salientes de esta situación pueden ser tipificados en términos de problemas funcionales, tales como:

1. Un patrón original de poblamiento distinto en cada región, pero caracterizado por un extremo aislamiento interior y sistemas de comunicación estructurados de manera casi exclusiva en función de las exportaciones.

Las informaciones muestran un desarrollo asincrónico tanto de las macro como de las microrregiones, con niveles distintos de retraso, estancamiento y prosperidad.

Esta heterogeneidad de situaciones locales aisladas entre sí y articuladas en función de circuitos de exportación, sirvió de base, a estructuras sociales poco evolucionadas, pero relativamente complejas y diversificadas; de modo que muchos pueblos del interior concentraron una activa vida social y, a la vez, fueron centros de mercado y de producción artesanal. Sus clases o estratos incluyeron una élite de terratenientes pequeños, sectores medios dependientes relativamente educados, grupo de comerciantes y artesanos independientes, y una clase de servidores domésticos.

Algunos de estos pueblos crecieron al amparo de las exportaciones hasta convertirse en pequeñas ciudades y sirvieron de puentes entre los centros regionales de intermediación y salida y el interior más primitivo. En estas ciudades de reciente formación y en las aglomeraciones primarias de cada circuito exportador se asentaron las principales funciones de intermediación que permitían integrar verticalmente la periferia atrasada con los mercados internacionales de productos primarios.

La importancia del efecto centrífugo inicial en estos casos de desarrollo múltiple y paralelo se relacionó no sólo con el mantenimiento de una economía local menos especializada, sino también con la relativa lentitud que caracterizó al proceso de concentración de las funciones urbanas en los centros principales. Otro aspecto importante de enorme trascendencia fue el efecto de la ruptura del aislamiento interior como consecuencia de las inversiones en infraestructura vial, que si bien en términos generales contribuyó a elevar el grado de concentración, tuvo un impacto regional significativo porque dinamizó el crecimiento de los múltiples puntos nodales de interconexión y favoreció el comercio inter e intrarregional.

2. Una orientación más proteccionista de la economía en función de la diversidad de situaciones locales, que permitió no sólo mantener el equilibrio entre regiones, sino, además, la "base de exportación" de muchas aglomeraciones e incluso la incorporación temprana de procesos elementales de industrialización, aprovechando la cercanía de materias primas, mercados y la disponibilidad de mano de obra.

La menor penetración de las ideologías y de las políticas librecambistas se debió, quizás, a la importancia que tuvieron las condiciones económicas locales en ausencia de vínculos funcionales entre regiones o aun entre subregiones y a la imposibilidad de someter con eficacia esa diversidad a un sistema homogéneo de normas.

De otra parte, el impacto externo no originó una malla de intereses abiertamente "modernos", sino que más bien las expectativas privadas favorecieron la conservación de muchas prácticas derivadas de las políticas mercantilistas que habían caracterizado el pasado colonial.

3. Por regla general la fase concentradora urbana tuvo lugar en distintos momentos y tendió a ocurrir primero en las aglomeraciones regionales, las cuales luego compitieron entre sí con distinto grado de éxito y facilitaron así el surgimiento de dos o tres centros hegemónicos.

El primer momento de la fase concentradora dependió en gran medida del éxito de la región en cuanto a participar en el comercio externo y su capacidad para retener proporciones significativas del excedente. Dependió también de la importancia que adquirieron las funciones de intermediación, vale decir, de la oferta y de la demanda de financiamiento en las actividades productivas y del incremento que experimentó el comercio de importación.

El segundo momento fue sobre todo función de nivel y de las fluctuaciones de la demanda externa y de algunas decisiones políticas que afectaron las oportunidades de las aglomeraciones regionales, en especial de la definición de unidades políticas administrativas adecuadas para coordinar una geografía tan variada.

El tercer momento surgió en parte como consecuencia del anterior, en parte también en función de factores generales favorables en las exportaciones, del impacto que se derivó del mejoramiento del transporte y la comunicación interior y del mayor peso que ganaron las funciones de intermediación.

Cada uno de estos momentos fue consecuencia de la acción de una constelación de factores predominantes. En el primero, los aspectos económicos y de organización local jugaron un papel decisivo; en el segundo, fueron las decisiones político-administrativas y en el tercero, la acumulación de ventajas previamente logradas que se benefició ahora de la apertura de una red de vías para interconectar el territorio.

Desde un punto de vista sustantivo se observa que al cabo de varias décadas, estos procesos de concentración condujeron a una agrupación de funciones urbanas basadas en lo que podrían llamarse factores estructurales de atracción y afinidad.

Aquellas ciudades que sirvieron de asiento al poder político cumplieron las funciones de la ciudad-bastión respecto de la periferia primitiva y cristalizó en ellas una estructura social y una cultura orientada a ejercer una dominación autoritaria.

Las ciudades que se convirtieron en capitales económicas tuvieron el papel de centros de un sistema complejo y diferenciado de transacciones económicas, es decir, prosperaron sobre la base integradora de las relaciones de mercado.

4. Las diferencias regionales fueron tan marcadas que muy pronto se hicieron presentes intereses contradictorios y el gobierno central debió tornar esta circunstancia en consideración. Es más, su propia estabilidad estuvo muchas veces seriamente amenazada.

Había diferencias regionales en productividad y estructura social, de modo que las políticas económicas tenían efectos diversos, dependiendo de las circunstancias locales.

Por la misma razón, muchos conflictos ocurrieron de manera circunscrita, como el de los dueños de plantaciones con sus intermediarios y financistas en los casos de fluctuaciones adversas de los precios internacionales, los que afectaron también las expectativas de muchos grupos medios urbanos.

Sin embargo, el predominio de los intereses particulares de alguna región afectó con frecuencia la situación de otras áreas, en materias tales como tasas de cambio y políticas de crédito.

5. La situación normal a lo largo de las tres fases del proceso concentrador fue la de regiones y ciudades en distintas etapas de sus ciclos exportadores, y afectadas también en forma diferente por la penetración de los productos importados.

La convivencia de élites prósperas y decadentes creó un medio político peculiar, más flexible para ajustarse a los cambios y fluctuaciones, pero más complejo para articular y coordinar. Los enfrentamientos entre intereses jerárquicamente superpuestos tuvieron menos significación en relación a la importancia de las disparidades regionales.

El problema del control político de una geografía tan variada requería a la vez de mecanismos centralizadores, y de un grado razonable de autonomía como para manejar eficientemente las condiciones locales. Este problema dio lugar a rebeliones regionales e incluso a verdaderos intentos separatistas. La solución fue autoritaria, en el sentido de favorecer un gobierno interior en que predominaban sin contrapeso los intereses económicos locales. El Estado cristalizó como expresión de la representación de regiones y de intereses. En cada región la simbiosis de la autoridad, de los intereses, de las familias y de las instituciones, aseguró la continuidad del sistema social y su integración en la federación nacional.

Las condiciones antes descritas permitieron a la vez la fluidez indispensable para negociar entre grupos y el persistente mantenimiento de pautas conservadoras de vida. El éxito de las coaliciones gobernantes dependió de su capacidad para incluir una compleja gama de intereses, en la que con frecuencia grupos conservadores decadentes se aliaron con sectores de las clases medias, de modo que las consideraciones doctrinarias pasaron a segundo plano en aras del pragmatismo y la negociación.

6. El proceso de concentración tuvo inicialmente efectos conservadores. La migración de las viejas familias del interior hacia las ciudades principales contribuyó al mantenimiento de formas de vida compatibles con las tradiciones patriarcales de las provincias. En algunas regiones no fue la prosperidad el incentivo de esos movimientos de población, sino la decadencia local y, a veces, esa experiencia condujo hacia reacciones más radicales, ya sea de apoyo o de rechazo al cambio. Al cabo de un tiempo esos grupos se vieron forzados a sobrevivir sobre otras bases económicas y a encontrar con frecuencia en la burocracia un destino personal. Esta transformación originó un sector que teniendo todavía algún apoyo local se comprometió, sin embargo, con los fines y con la legitimidad de un estado nacional y que se vinculó de alguna manera a las clases medias urbanas, cuyos intereses eran distintos de los grupos del interior.

De otra parte, el proceso concentrador respondió tanto al dinamismo de algunas regiones como a la decadencia de otras; y los grupos urbanos de estas últimas áreas presionaron en favor de políticas que directa o indirectamente distribuyeran los beneficios del progreso entre las regiones o entre los sectores de la élite.

Con frecuencia la relación entre los intereses vinculados a las áreas decadentes y las áreas más dinámicas tomó la forma de modelos de modernización que acentuaron alternativamente la importancia de los medios políticos o de la gestión económica.

El lento proceso de concentración urbana y el mantenimiento de una economía local más diferenciada impidió la adopción de políticas librecambistas extremas y justificó la continuación de algunas prácticas directa o indirectamente proteccionistas. El resultado fue la iniciación de un proceso de temprana industrialización que, aunque tímido en sus alcances, fortaleció un sector empresarial, cuyos intereses entraron en conflicto con la periferia menos desarrollada.

B. Impacto tardío y circunscrito de las exportaciones.

En otros casos, el impacto de la economía exportadora fue insuficiente y sus efectos se circunscribieron en forma cíclica a áreas limitadas del territorio, de modo que los fenómenos de concentración urbana y de modificación de la cultura dominante ocurrieron de manera lenta, como si la civilización careciera de la fuerza que se requería para conquistar la barbarie y más bien fuera esta última la que se ajustara de algún modo a los ciclos de exportación con los inevitables conflictos y desequilibrios. Al igual que en el caso anterior, las exportaciones tuvieron un efecto centrífugo que ayudó al asentamiento regional de las poblaciones en raciones de pueblos y en ciudades que reflejaban las condiciones generales de aislamiento y que tenían vida propia. A diferencia del caso anterior, las consecuencias concentradoras fueron tardías y muy lentas, del mismo modo que la apertura de vías para articular los principales centros poblados de cada región.

El proceso se caracterizó por un largo período en que la economía exportadora se afinó de manera cíclica y segmentada en áreas específicas, siguiendo las demandas de los mercados internacionales, pero siendo incapaz de generar excedentes suficientes como para originar una brusca y significativa transformación, tanto a los niveles regionales como nacionales. Persistió la influencia de muchos de los factores en que se fundaba el viejo equilibrio colonial.

Bajo estas condiciones, la evolución espacial de los asentamientos de población estuvo determinada por las fuerzas en que se apoyaba el equilibrio colonial y por el acceso a los excedentes de las exportaciones. El compromiso fue siempre un problema crítico que afectó la estabilidad misma del sistema, y los cambios se manifestaron en rebeliones regionales y en una situación de permanente tensión y amenaza.

Aquellas regiones que tuvieron acceso al excedente tendieron a formar redes urbanas integradas por las ciudades que servían a las áreas de producción y por aquellas que se vinculaban a la exportación de los productos. Las que no tuvieran acceso al excedente intentaron mantener y aún desarrollar la base artesanal local, con la esperanza de beneficiarse indirectamente de las ventajas del comercio externo. De aquí se derivaron tres tipos de conflictos que incidieron de lleno en la estructura política:

1. El mantenimiento de un nivel significativo de autonomía, compatible con los intereses locales y, al mismo tiempo, el establecimiento de un sistema estatal capaz de centralizar con efectividad algunas funciones públicas esenciales.
2. La adopción de políticas de librecambio frente a la protección de la pequeña industria artesanal.
3. La apropiación de tierras públicas, sobre todo en las regiones directamente vinculadas a las exportaciones.

Los intereses de las regiones más dinámicas favorecieron la centralización, el librecambismo y la apropiación de tierra en favor de los grandes productores, mientras el resto se inclinó por el respeto a la autonomía de las localidades, el proteccionismo y la aceptación de las situaciones exis-

tentes de ocupación del suelo que favorecían a medianos y a pequeños productores.

Las exportaciones modificaron lentamente este estado de empate entre los diversos intereses y, en la medida que aumentó la incidencia de las exportaciones, aumentó también la centralización, el grado de librecambismo y la creación de grandes propiedades rurales.

Sin embargo, durante esta primera fase se acentuaron los patrones de asentamiento tradicional y los proyectos civilizadores de expansión y modernización se circunscribieron a los esfuerzos para mantener la paz y la unidad interior, frente a las tensiones propias de una sociedad en que el excedente no crecía a un ritmo suficiente y tendía a concentrarse en unas pocas regiones.

El control del Estado se convirtió en una cuestión esencial, a que para muchos grupos de la elite la apropiación de tierras y la obtención de ventajas dependieron más del ejercicio del poder político que de la pura gestión económica. En esta etapa, el tema de la lucha entre civilización y barbarie tomó la forma de un conflicto político entre intereses ideológicamente opuestos que defendían el mantenimiento o la abolición de las instituciones coloniales; y si bien las ciudades principales fueron el escenario natural de los mecanismos centrales del poder, no hubo, sin embargo, una contraposición de culturas y de intereses entre el campo y la ciudad, sino más bien una lucha de facciones a todo lo largo del continuo rural urbano.

La posibilidad de que una ciudad pudiera ejercer funciones de centro político dependió no sólo de factores histórico-administrativos, sino también de que sus áreas adyacentes participaran con éxito en el comercio de exportación. La formación de una masa consumidora agregó algunas ventajas adicionales, ya que fortaleció las relaciones funcionales entre estas aglomeraciones y los puertos de salida y de entrada de productos.

En algunas regiones el comercio de exportación creció, aunque con lentitud, durante un largo período y ayudó a fortalecer centros paralelos de poder económico con capacidad de financiar la expansión del sector externo, e interesados, por lo tanto, en la preservación de un orden político que garantizara la continuidad de las instituciones. La formación de una organización estatal más efectiva se apoyó en el compromiso que se estableció entre el centro político y el centro económico.

La segunda fase del proceso se inició cuando la incidencia de las exportaciones aumentó significativamente al cabo de una etapa histórica de afianzamiento de los sistemas tradicionales de centros poblados, de modo que sus efectos concentradores ocurrieron con una red diversificada de ciudades, tanto desde el punto de vista de la distribución de funciones como de su localización en las regiones, y con una muy baja proporción de la población en centros urbanos. Estos patrones geográficos reflejaron también una distribución de la propiedad rural, es que junto a los grandes latifundios se formó un conglomerado heterogéneo de fincas medianas y de minifundios; es decir, hubo regiones importantes en que surgió una suerte de clase media rural.

Durante la primera fase, los sectores de opinión más conservadores expresaron los intereses de las clases altas en las aglomeraciones principales y en las áreas dinámicas de exportación, mientras los grupos partidarios de modificar el orden fueron representativos de una alianza singular de intelectuales, sectores medios y artesanales, y de intereses locales, sobre todo aquellos de las áreas poco dinámicas.

En la segunda fase cambió el sentido de la controversia política. En las ciudades más grandes las orientaciones reformistas adquirieron mayor peso como resultado de la creciente importancia que alcanzaron las fun-

ciones de intermediación, las que determinaron algunas modificaciones de la estructura social. Del mismo modo, los movimientos internos de población se vincularon a la creación de una frontera agrícola en las regiones exportadoras e hicieron posible el surgimiento de una clase media rural profundamente conservadora. De otra parte, en las zonas de más baja productividad se crearon situaciones de tensión respecto de las tierras y también las condiciones para que operaran jefes políticos que de manera personal e incontestada sirvieron de puente entre los mecanismos centrales de poder y los intereses locales. Estos vínculos generaron lealtades características de bandos, de modo que las grandes divisiones de la opinión política al nivel central se reprodujeron al nivel local, pero expresaron una mezcla de fines racionales y a la vez las pasiones que engendran los vínculos primarios.

El retraso en el desarrollo de una economía exportadora preservó y aun fortaleció el equilibrio regional y urbano que había caracterizado al período colonial.

CONSOLIDACIÓN DEL MERCADO INTERNO Y NUEVOS NIVELES DE CONCENTRACIÓN DE LA POBLACIÓN

Los patrones de asentamiento de la población que cristalizaron hacia la segunda mitad del siglo XIX fueron alterados muy lentamente en el siglo XX. Quizás una manera de situar el problema de la actual distribución geográfica de la población de América Latina es destacar la inercia de las tendencias que la economía exportadora puso en marcha y que, a su vez, las políticas de industrialización y la explosión demográfica contribuyeron a acentuar. Sólo a partir de 1950, y de manera quizás marginal, aparecieron síntomas de una gradual modificación del paisaje urbano y regional en algunos de los países más importantes de América Latina. Es probable que hayan influido en esa evolución reciente factores de saturación y de agotamiento que estaban implícitos en las tendencias, derivados de la lenta acumulación y que a su vez eran producto de los cambios económicos y sociales y, en alguna medida, del impacto relativo que tuvieron las pocas políticas de desconcentración.

Las tendencias hacia la primacía de unas pocas ciudades y, en muchos casos, el más lento poblamiento del interior que caracterizó a la sociedad oligárquica en sus fases de mayor éxito, no sólo no se modificaron sino que se acentuaron cuando el modelo exportador hizo crisis, como si muchas de las condiciones básicas del desarrollo regional de los países hubiesen sido establecidas durante las décadas en que esas sociedades intentaron vincularse a las grandes corrientes culturales del Occidente y aprovechar el dinamismo de los mercados internacionales de productos primarios. Si bien fue en esas etapas cuando se establecieron los principales centros de consumo y se construyeron las redes básicas de comunicación interior, la persistencia de las tendencias se explica en parte no sólo por la inercia natural, sino también por la exacerbación de factores y por el surgimiento de condiciones nuevas que incidieron al cabo en la misma dirección.

La industrialización latinoamericana se inició alrededor de los principales centros de consumo, y las políticas en que se apoyó favorecieron también la canalización de recursos y de factores hacia las grandes aglomeraciones. Al tiempo que las ciudades se convirtieron en activos focos de atracción, las áreas rurales y la agricultura permanecieron atrasadas y evolucionaron dentro de esas perspectivas, ajustándose flexiblemente a la situación mediante la expulsión de una proporción cada vez más significativa de su fuerza de trabajo.

Si bien la industrialización modificó el empleo urbano, la verdad es que se injertó en el paisaje de un tipo de ciudad, dedicado esencialmente a la provisión de servicios. Al cabo de los años las funciones de intermediación perdieron importancia, pero los incentivos de la industrialización estuvieron vinculados desde un comienzo a la estructura social de la ciudad oligárquica y sus consecuencias más salientes, si bien alteraron los factores de poder, tardaron muchos años en modificar los supuestos culturales que habían inspirado los modelos de vida urbana. La ciudad industrial latinoamericana fue la expresión de una síntesis o compromiso social, de modo que al incluir nuevos contingentes que dependían para su progreso y sobrevivencia del empleo en la manufactura, mantuvo, sin embargo, la importancia de los servicios. No siempre se ha destacado con claridad que esas ciudades fueran, desde el punto de vista de su especialización, terciarias antes que secundarias, y que el impacto de la industria significó abrir una brecha y redefinir el sentido de las actividades de servicio, pero a la vez adaptarse a los requerimientos de la estructura social existente. Por eso no es fácil juzgar el significado de las cifras de empleo y, menos aún, a partir de ellas establecer criterios comparativos acerca del nivel de diferenciación. Esas comparaciones serían, sin duda, más apropiadas si se incluyeran aspectos cualitativos. Hay informaciones que muestran que en América Latina las pocas ciudades en que las industrias ocupan un lugar principal en cuanto a fuente de empleo y de ingresos representan un sector manufacturero de baja productividad relativa, comparado con el de las grandes aglomeraciones más diferenciadas. A la vez, la evolución de ambos sistemas productivos no sugiere que uno hubiera antecedido en el tiempo al otro, sino más bien que se trata de ciudades que durante sus etapas preindustriales ya tenían estructuras sociales a niveles distintos de diferenciación.

Las políticas de sustitución de las importaciones contribuyeron a subsidiar el crecimiento de las ciudades principales e indirectamente penalizaron a las aglomeraciones menores y al contorno rural. En un comienzo, los programas sociales que acompañaron a los de industrialización elevaron las ventajas relativas de las clases populares urbanas, al tiempo que la situación rural inició una etapa crítica caracterizada por su incapacidad para retener el excedente demográfico que originaba la reproducción de las familias campesinas. En muchos sitios, la creciente demanda urbana de alimentos creó presiones adversas para la agricultura de subsistencia que por tantas décadas había sido la base para la sobrevivencia de las masas rurales. Aumentaron las superficies destinadas a la producción comercial, y a la vez las cosechas no comerciales fueron desplazadas hacia suelos de inferior calidad, mientras el descenso de las tasas de mortalidad multiplicó la densidad en las tierras agrícolas. La modernización y tecnificación de las actividades productivas rurales contribuyeron también a hacer cada vez más difícil absorber los excedentes rurales de población.

En el campo, la estructura social y la organización económica entraron en una larga fase de crisis y de cambios, sobre todo en los países que llegaron a las etapas de industrialización y de formación del mercado interno con grandes grupos humanos al nivel de subsistencia. Fue precario el ajuste de la vida y de las instituciones rurales a los persistentes requerimientos que se derivaban de una nueva escala de necesidades de productos agrícolas, de los efectos de difusión de los cambios políticos que ocurrían en las ciudades, de la expansión horizontal de las relaciones de mercado y de las consecuencias del ciclo expansivo de la revolución demográfica, sobre todo en una coyuntura en que las grandes aglomeraciones humanas monopolizaron las inversiones.

Se disolvieron muchas de las lealtades personales y de los tradicionales lazos de dependencia en que se fundaba la sociedad rural. Si bien la economía exportadora inició el proceso de liquidación de la vida local, las políticas de consolidación del mercado interno contribuyeron aún más a reducir la vitalidad y significación de las comunidades. Las instituciones rurales

perdieron eficacia, y su naturaleza represiva se hizo más saliente, al tiempo que disminuyó su capacidad para resolver o canalizar creativamente los problemas y los conflictos. La abierta discusión de la cuestión política de la tenencia de la tierra y, a veces, movilizaciones y aun expresiones de rebelión campesina acompañaron la transición y, con frecuencia, las soluciones fueron respuestas autoritarias, aun después de las ocupaciones espontáneas y de los repartos de tierras. El péndulo osciló entre el cambio y el orden, pero las más de las veces se detuvo en este último, de modo que a la larga el progreso se identificó con el orden en un inundo dominado por ciudades, que demandaban una nueva organización de la sociedad rural que produjera alimentos abundantes y baratos, mantuviera y aun aumentara la exportación de productos agrícolas y se convirtiera eventualmente en un mercado para los servicios y artículos de origen urbano.

Esta segunda etapa de la lucha de la civilización contra la barbarie se inició tal vez en forma vacilante y contradictoria, pero su sentido fue lograr una radical especialización de las áreas rurales al precio de reducir las últimas barreras que permitían la diversidad de los pequeños pueblos. La integración interior respondía ahora a la lógica de una unidad mayor y para su éxito exigía la drástica desintegración de las formas y expresiones de la vida local en todo aquello que fuera contradictorio con la cultura y la tecnología dominante. La alienación del campesino de subsistencia y de sus valores y estilo de enfrentar la vida fue un proceso a la vez gradual pero irrevocable que no implicó, sin embargo, una evolución sino más bien una ruptura. La economía exportadora hizo desaparecer el orden señorial en que se integraban de manera primaria y directa los estamentos de la sociedad postcolonial y con ello se fue todo aquello que hacía vivir y vibrar la existencia provinciana del interior; sin embargo, dejó tras de sí la cultura sin horizontes del campesino de subsistencia y del artesano local. Las políticas de industrialización y de expansión e integración del mercado interior fueron mucho más allá y se propusieron eliminar todo aquello que no pudiera inscribirse funcionalmente en la lógica del nuevo orden industrial.

El problema, sin embargo, fue la capacidad, del mundo rural primero y de la sociedad nacional después, para absorber esos últimos remanentes del aislamiento y de la autonomía interior. La conversión de la cultura popular y local en mero folklore ocurrió de manera paralela a las grandes corrientes migratorias de campesinos que abandonaron sus hogares en las áreas rurales para establecerse en las ciudades. La civilización había logrado afirmar su hegemonía y el resultado del éxito era que las generaciones nuevas dejaban finalmente los umbrales ancestrales de la frontera bárbara para encontrar un lugar bajo el sol que los liberara del pasado y de la servidumbre y que, en principio, los hiciera parte de la cultura dominante.

La gran ciudad latinoamericana contemporánea fue el resultado de una coyuntura peculiar: se industrializó porque heredó las pautas de consumo de la sociedad oligárquica y el orden que surgió, más que el resultado de una revolución en las formas de vida y en las instituciones, expresó un compromiso entre las estructuras sociales que se habían formado al amparo de las exportaciones y la adopción de tecnología importada, entre el mantenimiento de las jerarquías y las demandas de democratización básica que acompañaron el proceso de consolidación del mercado interno. Su dinamismo y sus conflictos fueron el resultado de este pacto social tácito.

El segundo factor que condicionó el paisaje urbano latinoamericano fue representado por las políticas aplicadas a través de varias generaciones para especializar la frontera bárbara en torno a tareas económicas productivas y funcionales para el nuevo orden urbano, pero de ningún modo habilitarlas para que tuvieran un papel dinámico y creador en el proceso de modernización. Esas metas acentuaron el dualismo y la concentración y determinaron movimientos internos de población que desbordaron las ciudades.

Finalmente, el impacto limitado de las políticas y de los programas de consolidación del mercado interno y el énfasis en el carácter maniqueo de los esfuerzos de desarrollo ayudaron a una revolución demográfica que se expresó en tasas elevadas de crecimiento de la población, primero en las propias ciudades y luego en los campos, de modo que muy pronto se exacerbaban sin remedio las tendencias concentradoras.

SISTEMAS DE CIUDADES Y PROCESOS DE URBANIZACIÓN EN EL SIGLO XX

El proceso de concentración urbano no tuvo, sin embargo, los mismos rasgos en todos los países, dependiendo éste de la importancia de los factores antes enumerados y del tipo de estructura social que habían creado las exportaciones de productos primarios.

Las ciudades de los países donde floreció el sistema de la ciudad central iniciaron primero su despegue y lo hicieron bajo condiciones de excepción. Tal como se mencionó con anterioridad, la ciudad central intentó convertir la periferia bárbara en una frontera interior cuya estructura social fuera a ese nivel la réplica de sus valores. El medio más homogéneo se articuló a través de redes viales y de redes culturales que desde un comienzo contribuyeron a la integración funcional de las unidades productivas, de los centros poblados y de las grandes aglomeraciones.

Si bien el desarrollo de la ciudad central fue desde sus inicios más concentrador, la formación de una infraestructura urbana tomó la forma de una gradual acumulación y el despegue de las ciudades ocurrió sólo cuando ya una proporción significativa de la población habitaba en aglomeraciones. Desde ese momento en adelante la mayor lentitud de los plazos históricos permitió un crecimiento significativo, sostenido, a la vez que pausado.

Para la unidad central las migraciones rural-urbanas tuvieron menos significación. Durante la fase acelerada de urbanización las densidades rurales fueron bajas, sin que fueran despreciables tampoco las condiciones de vida y las oportunidades que ofrecía la agricultura. Las ciudades compitieron con los campos, atrayendo población, de modo que en su estructura tuvieron mayor peso los servicios calificados y las capas medias. A su vez, las masas populares se articularon en organizaciones vinculadas a las condiciones de trabajo primero y luego a las luchas políticas de la ciudad central.

En todos estos casos el despegue urbano se inició hacia comienzos de este siglo y respondió a las dinámicas internas del sistema social¹.

Fue muy distinta la experiencia de la ciudad-bastión. Las circunstancias que pusieron en marcha los mecanismos del despegue urbano en esos países fueron, por regla general, externos a la ciudad, y de algún modo se vincularon a las extremas disparidades entre la periferia bárbara y el centro civilizador y, por cierto, a la solidez de las relaciones de este último con las naciones industriales.

En todos estos casos, las fases de exportación no lograron concentrar en las ciudades a una proporción elevada de la población del país, de modo que el proceso tuvo lugar, a pesar de la limitada base urbana inicial y requirió de la confluencia de una variedad de factores. A veces fue la crisis del modelo exportador la que provocó el derrumbe de situaciones internas y la formación de una masa periférica de personas desempleadas que se desplazaron hacia las ciudades; otras veces, la base urbana era todavía tan precaria y tan enormes las disparidades internas, que esos acontecimientos tuvieron un efecto marginal y se requirió todavía de un período de acumula-

¹ Como en los casos de Argentina y Uruguay.

ción urbana adicional. De cualquier modo, el despegue comenzó en una fecha tardía, con densidades rurales más elevadas y con tasas de expansión mucho más altas que las que habían experimentado en su oportunidad las ciudades centrales.

Estos procesos de despegue urbano fueron como oleadas sucesivas que irrumpieron en diversos países y en momentos históricos muy distintos.

Las cifras disponibles muestran que mientras más tardío fue el despegue, más altas fueron también las densidades rurales, menor la proporción inicial de habitantes urbanos y más elevadas las tasas de crecimiento de las ciudades.

No es fácil explicar el origen y entender el sentido de estas verdaderas explosiones que experimentaron las ciudades principales, pero un rasgo común fue la importancia de los movimientos internos de la población. Las aglomeraciones jugaron aquí más el papel de estaciones de recepción que de polos de atracción y su estructura social quedó condicionada por el flujo persistente y masivo de campesinos provenientes de la periferia bárbara.

Los primeros procesos de despegue del sector urbano, en situaciones de estructura espacial organizada conforme a los lineamientos del sistema de la ciudad-bastión, ocurrieron en función de algunos síntomas tempranos de crisis del modelo exportador². Cabe hacer notar que en estos países la economía exportadora se había desarrollado de manera muy dinámica y durante un largo período, afectando directa o indirectamente a grandes extensiones del país y ocupando a una proporción significativa de la población. Sin embargo, el éxito del modelo había provocado tan sólo una difusión limitada de las relaciones de mercado, y en general de la economía monetaria, debido a los bajos niveles de remuneración y a procesos que llevaron a la concentración de las mejores tierras en propiedades de gran tamaño. Ésta evolución tuvo diversas consecuencias. Hubo un gradual pero sostenido marginamiento de ciertos sectores de la población, ya sea por la insuficiencia de algunos salarios, y/o porque la concentración de la propiedad contribuyó a incrementar los grupos de subsistencia y a reducir los niveles de vida de las masas rurales. Además, la concentración y el marginamiento resultaron también en el desarraigo de una proporción considerable de la población rural. No hay que olvidar tampoco que el modelo exportador creó una próspera clase alta urbana y, por ende, se preparó el ambiente propicio para que las masas desarraigadas se desplazaran hacia las ciudades.

La crisis del sector externo fue el detonante que puso en marcha movimientos de las clases medias de las ciudades, que aspiraban a abrir las instituciones de la sociedad oligárquica mediante la movilización política de las masas urbanas. El desempleo generalizado en las áreas ligadas a las exportaciones, el desarraigo de esos grupos y sus aspiraciones que trascendían las expectativas tradicionales de las capas populares favorecieron el que esos individuos se dirigiesen a las aglomeraciones en busca de empleos compatibles con sus nuevas orientaciones. No es de extrañar que en estos casos el despegue urbano se iniciara asociado a la transformación política de la ciudad y durante las décadas siguientes se alimentara de los excedentes de población desarraigada en las zonas rurales y del desempleo del sector externo.

Casi una década más tarde factores distintos originaron una situación similar en otros países de la región³. También aquí la crisis de las exportaciones tradicionales dio lugar a migraciones, desde los campos hacia las ciudades, de grandes sectores desarraigados que buscaban mejores horizontes y al surgimiento de movimientos políticos de movilización de masas. Mientras en los dos casos anteriores estos factores no resultaron en cambios en la distri-

² Casos de Chile y Cuba entre 1920 y 1936.

³ Perú y Venezuela entre 1935 y 1945.

bucion regional de la población rural, y menos aún en decisiones políticas que limitaran la concentración de las propiedades, en estos últimos los excedentes de población del campo no sólo se dirigieron a las ciudades, sino también desde las zonas agrícolas de alta presión de población hacia algunas de baja presión, a la zaga de la apertura de nuevos cultivos y de la ocupación de baldíos. Con todo, fueron más intensas las tasas de crecimiento que experimentaron las aglomeraciones y el problema campesino en las áreas de alta densidad creó una situación política poco favorable para el desarrollo de una agricultura de alta productividad por hombre ocupado.

Los países que entraron en el ciclo de despegue urbano hacia 1950 lo iniciaron en respuesta a nuevas circunstancias ⁴. En todos ellos la crisis del modelo exportador, si bien creó desempleo rural, movimientos políticos comprometidos con la apertura de las instituciones y con la transformación de la ciudad, la combinación de esos factores no engendró una situación en que las aglomeraciones comenzaran a absorber de manera sostenida una proporción creciente del excedente demográfico.

Aumentaron por cierto esas tasas de crecimiento relativo, pero su significado apuntó más bien a que todavía no era significativo al sector de la población que habitaba en centros urbanos, o para decirlo de otro modo, a pesar del volumen que estaba todavía en las áreas rurales, el diferencial urbano entre 1930 y 1950 no representó una cantidad apreciable.

En cada uno de estos países las circunstancias fueron muy distintas, pero tuvieron en común los efectos concentradores de las políticas de industrialización y de consolidación del mercado interno y las consecuencias demográficas del rápido descenso de la mortalidad. Hay que hacer notar también que, a pesar de la crisis del sector externo, las mismas exportaciones tradicionales continuaron teniendo una importancia fundamental, sobre todo en algunas áreas rurales de ocupación tradicional; y que los repartos de tierras, y/o la ocupación de nuevas superficies tuvieron, a su vez, el efecto tardío de retener todavía a la población en el campo. Cabría agregar, por último, que el aislamiento rural y el tamaño de la población de subsistencia fueron, en un comienzo, factores adversos para los desplazamientos, un potencial que sólo el incremento acelerado de la presión sobre las tierras y el atractivo de la vida y de los empleos urbanos convirtieron en migraciones masivas desde la periferia bárbara hacia las ciudades en que se afincó la industria.

El despegue urbano ocurrió aquí al amparo de la formación de un nuevo tipo de economía y de la crisis de los sistemas de vida rural, que fueron afectados por la creciente demanda de alimentos, el mayor volumen del excedente demográfico y la gradual penetración de la cultura de las ciudades.

El paisaje de estas aglomeraciones adquirió características que no habían conocido los países que iniciaron su despegue urbano con anterioridad. La contaminación y la marginalidad social fueron los rasgos salientes de ciudades que comenzaron a expandirse en forma desordenada, y a tasas fuera de todo control. Estos no eran problemas pasajeros, sino más bien la expresión del modo de funcionamiento de la propia ciudad y de sus relaciones con la periferia interior.

En los otros países de la región aumentaron también las tasas de crecimiento de las ciudades, pero los datos muestran que sólo en algunos de ellos el ritmo alcanzado después de 1950 pareciera indicar el comienzo del proceso autosostenido y continuo de expansión de las aglomeraciones. En no pocos casos el crecimiento de las ciudades ha sido errático y en función de factores coyunturales.

En principio, todo parece indicar que la oportunidad histórica del despegue ha sido determinante de tipos de estructura social urbana y de la

⁴ Colombia, Brasil y México a partir de 1950.

gestación de ambientes, condiciones y de cultura que se han expresado a través de élites, de clases y de masas.

EXPLOSIÓN DEMOGRÁFICA Y EXPLOSIÓN URBANA

Las tasas de crecimiento de la población aparecen a todo lo largo de la urbanización de los países latinoamericanos durante este siglo como un factor cuya importancia aumenta a medida que esos procesos se inician en fechas históricas cada vez más tardías. Está éste presente en el aumento de las densidades rurales y en la creciente velocidad que adquiere la expansión del sector urbano.

En los países con sistemas de ciudad central, si bien el crecimiento autosostenido y continuo de las aglomeraciones se inició en momentos en que había una situación histórica de excepcional incremento de la población, las tasas más significativas de absorción urbana del excedente demográfico ocurrieron después, cuando esas circunstancias excepcionales desaparecieron. El resultado fue un escenario socio-demográfico más homogéneo, tanto en términos de natalidad como de mortalidad, en el cual las brechas entre el campo y la ciudad, y entre las clases sociales tendieron a disminuir. Al cabo del tiempo la natalidad se modernizó y se acortaron las diferencias entre el número de hijos deseados y el número de hijos nacidos en cada familia. Es decir, la transición demográfica tuvo lugar antes de la expansión urbana.

En el resto de América Latina, y sobre todo mientras más tardío fue el despegue urbano de los países, la expansión demográfica no sólo antecedió sino que con frecuencia coincidió con la explosión urbana. Sobre este aspecto, las informaciones disponibles sugieren algunas hipótesis interesantes:

1. La periferia de subsistencia y en general el aislamiento rural determinaron diferencias en las tasas de mortalidad y natalidad. Los contrastes culturales, los desiguales niveles de vida y de acceso a servicios, hicieron descender la mortalidad en las ciudades, de modo que aumentaron las tasas urbanas de crecimiento vegetativo de la población. Por eso es probable que, en un comienzo, una parte importante de la expansión de las aglomeraciones haya sido el reflejo de los niveles reproductivos de sus habitantes.
2. La modificación de esta situación inicial dependió de la evolución ulterior de la cultura urbana, de su difusión hacia la periferia y de los movimientos de población desde el campo a la ciudad.

En efecto, los datos sugieren marcadas diferencias en cuanto al surgimiento de una ética social malthusiana, tanto entre ciudades como entre estratos sociales.

En primer lugar, parece haber un inevitable período previo de maduración dominado por actitudes e incentivos premalthusianos y una gradual toma de conciencia acerca de las consecuencias de la elevada natalidad, al comienzo entre algunos grupos y de forma individual, para difundirse luego y expresarse de manera social.

En aquellos países en que el despegue se inició antes de la explosión demográfica, esta última se vinculó a las políticas y programas de transformación social que surgieron en las ciudades y, durante un cierto tiempo, los diferenciales demográficos entre el campo y la ciudad fueron extremos, de modo que al descender las tasas urbanas de reproducción, las mismas aumentaron en las áreas rurales más densas y accesibles. En estos casos, el ritmo de crecimiento del sector urbano tendió a acelerarse, pero sólo moderadamente, debido a que el declinar de las tasas de reproducción ocurrió durante un largo pe-

río y, por regla general, coincidió con la reducción de la mortalidad en las áreas periféricas de influencia de los programas sociales. Si se toma en cuenta el mayor peso relativo de las aglomeraciones y el cambio gradual de la presión humana sobre las zonas de influencia, se entiende que la explosión demográfica haya tenido un impacto menor, pero un efecto más duradero en la continuidad de los flujos migratorios internos.

El caso de aquellos países en que la explosión demográfica coincide o antecede brevemente a la expansión de las ciudades, sugiere relaciones y procesos muy diversos. Cabe mencionar la mayor coincidencia entre los coeficientes demográficos urbanos y rurales, que determinan altos niveles urbanos de reproducción, de una parte, y de otra, crecientes densidades en las áreas rurales. Como el desfase entre ambos es insuficiente como para permitir que el descenso de uno de los términos sea suplido por el ascenso del otro, el libre juego de estos factores favorece una expansión de las ciudades que se lleva a cabo a tasas muy elevadas y durante un largo período.

3. A su vez, la transición hacia la generalización de una cultura urbana malthusiana está condicionada en parte por la coyuntura en que se inicia el despegue. El paso de un equilibrio demográfico de alto nivel a otro de bajo nivel no sólo refleja cambios en las actitudes, sino que, además, modificaciones en la estructura de edades. En todos aquellos casos en que el despegue coincide u ocurre en parte como consecuencia de la explosión demográfica, la inercia de las tasas de reproducción podrá ser reforzada por la llegada de una masa de inmigrantes en edad de procreación, quienes tenderán, a su vez, a perpetuar el mismo ciclo.
4. La efectividad con que penetran los programas sociales urbanos en la periferia rural determina cuáles son los potenciales de desequilibrio que resuelven al cabo los movimientos migratorios internos; de modo que la lenta acumulación de población rural que permanece sin desplazarse, seguida de una acelerada acumulación como consecuencia de la reducción de la mortalidad infantil, origina las situaciones de mayores diferencias de potencial y de más extremo desequilibrio en los patrones de asentamiento de la población.

CONCLUSIONES GENERALES

Esta experiencia latinoamericana sugiere la necesidad de elaborar teorías interpretativas de la localización geográfica de la población que tomen en cuenta el peso de los factores históricos que han determinado la ocupación del suelo, las relaciones geográficas entre la organización económica y la estructura de la dominación y, por último, la conveniencia de revisar algunas teorías de la localización de la población y de las inversiones, tomando en cuenta sus implicaciones dentro de distintos contextos socio-demográficos.